

San Francisco de Asís y los pájaros

Anamaría
Ashwell

Un dejo de tristeza se asoma en el ánimo cuando uno piensa en san Francisco de Asís. Quizás porque él toma por asalto nuestra sensibilidad con la expresión seria y castigada que Giotto le pintó en su rostro en los muros de su Basílica de Asís, lugar donde nació Francisco, con el nombre de Pietro Bernardone, en 1182. O, quizás, porque las escenas dramáticas y milagrosas que los grandes maestros de la pintura del siglo XIII al XV pintaron de su vida, se antojan no sólo traumáticas y dolorosas sino también imposibles de soportar para cualquiera que no sea un Dios.

En una choza cerca de Porciúncula, un sábado 3 de Octubre de 1226, Francisco de Asís murió. Tenía apenas cuarenta y cuatro años y su vida fue, literalmente, un calvario: tortuosas enfermedades lo inutilizaron por largos periodos, vivió afligido por una ceguera creciente que lo sumió en una oscuridad total un año antes de su muerte, y por los recuerdos de sus hermanos y frailes, sabemos que Francisco infligió castigos y torturas a su débil cuerpo y humillaciones incesantes a su extasiado espíritu.

...cada uno tiene su verdadero enemigo en su poder; es decir, tiene a su cuerpo por medio del cual peca. Por eso, bienaventurado será el siervo del Señor que teniendo a su enemigo cerca, lo mantiene cautivo y se defiende de él...¹

Predicó a los frailes y, además, demostró con su propio ejemplo: se castigó en público y en privado, con un látigo, hasta que la debilidad o el desmayo detuvo su mano; se impuso penitencias interminables y aceptó castigos corporales de otros sin quejarse; se perforó el cuerpo con espinas y durante sesiones largas de oración, para evitar el sueño, suspendió su cuerpo de una soga desde las vigas de su celda; también ayunó hasta caer casi moribundo en brazos de Clara, o de su hermano Elías, quienes lo alimentaron y sanaron hasta revivirlo. Al parecer nunca aminoró el castigo de su cuerpo y en cada momento señaló a los frailes los pecados y el mal que se albergaban en éste:

...debemos abstenernos de vicios y pecados y de todo exceso en comida y bebidas, y debemos ser católicos...²

...debemos odiar nuestros cuerpos con sus vicios y pecados porque como dice nuestro Padre en el Evangelio: Todos los males y pecados provienen del corazón... no debemos ser sabios ni prudentes con la carne; más bien, debemos ser simples, humildes y puros. Y debemos mantenernos en el escarnio y el desprecio por nuestro cuerpo, ya que es por nuestra propia culpa que somos miserables y despreciables, piojos y gusanos, como nos dice nuestro Señor Padre por boca de los Profetas: Y soy gusano que no hombre, vergüenza de todos, escarnio de la plebe (Salmo: 22)³.

Esto les repitió siempre en un tono, según se desprende de sus pocos escritos, de urgencia extrema. Pero Francisco no sólo sintió terror por los vicios y los pecados que se asomaban a su espíritu por conducto de su cuerpo sino que vivió atormentado por la idea de que Dios pudiera descender a él y encontrarlo impuro. Cierta temblor debió haberse apoderado de su mano cuando advirtió a los frailes de su orden que era imperioso para él y todos los frailes vivir complaciendo a Dios porque todo acto contrario los hacía "culpables del cuerpo y la sangre del Señor".⁴ Francisco nunca encontró un equilibrio entre cierta compulsión por convertir a los infieles a la religión de su único Dios y la necesidad que sentía de aislarse en meditación, oración y ayuno hasta el delirio. Se condujo entonces por caminos que lo llevaron por España, Egipto y Tierra Santa: en busca de sarracenos infieles y del martirio personal. En su andar entonaba cantos que repetían un estribillo que desnudaba su estado de ánimo: "...bendito serán aquellos que reciben la muerte por voluntad del Señor..."⁵

Enamorado de Jesús, Francisco emuló su martirio, y, según nos cuentan todos los que lo conocieron, todo lo soportó con inmensa felicidad.

Hay algo terrible, y a la vez maravilloso, en un hombre que, como Francisco, vivió arrebatado por la divinidad. Terrible porque en el Dios de la santidad de Francisco está oculta la imposibilidad de toda alteridad, es decir, está sólo el deseo de un Dios que se desea a sí mismo en el otro, una pasión que no contempla la compasión por el otro sino únicamente su propia y subjetiva realización en el otro. El Dios de Francisco es un Dios disociado de su vecino porque demanda una religiosidad mística y narcisista del creyente y también plenitud de fuerza y poderes para el convencimiento inmisericorde del otro; dirige al creyente también a una suerte de idolatría: la imagen de Dios, también del Yo-en-Dios, es necesariamente autorreferencial.⁶ Pero más central aun, el Dios de Francisco, es algo que le sucedió, descendió sobre él, lo marcó con las señales de su propio calvario y ante ello



Francisco no negoció, ni condicionó ni pidió: su Dios fue una suerte de obligación que no requirió de su consentimiento y que lo eximió de toda responsabilidad.

Por eso también el arrebató divino de Francisco fue y es una suerte de maravilla. El viaje intenso y el diálogo silencioso del misticismo de Francisco debió haber sido de un gozo insondable e inexplicable para los que no tuvieron la misma experiencia. Quizás ese sentido de asombro por todo lo que ocurrió en su vida fue lo que impulsó –contagió casi como una epidemia, que se contaran y narraran tantas historias milagrosas de su martirio, de su santidad, de los milagros que desperdigaba por su camino. Esas historias sobre la santidad de Francisco cruzaron fronteras lingüísticas y geográficas incluso mientras él vivió; y después de su muerte se expandieron hasta convertir en milagros y augurios todos los actos cotidianos de su corta vida. Quedó inmortalizado por sus hermanos y discípulos en las narraciones panegíricas y apoteóticas y en la imagen que pintaron de él, rebosantes de azul preciado, sobre los muros de su Basílica, los grandes maestros del arte religioso occidental. Todos reconocemos hoy cuál fue la fisonomía de Francisco: tenía un porte de hombre santo que sostiene en su mano una calavera, o un crucifijo; en sus manos, pies y en el costado derecho tiene los estigmas del calvario de Jesús; luce su túnica larga y café con un justo cordón



© Anamaría Ashwell.



de tres nudos; tiene una piel suave de colores aceitu-
nados y un rostro barbado con unos ojos intensos y en
la comisura de sus labios se dibuja apenas un suspiro
sereno. Es la imagen de él que nos legó Giotto.

Giotto, el florentino (1267?-1337), seguramente no
conoció los escritos del santo cuando llegó a Asís, invi-
tado por el ministro general de la orden de los frailes
menores, fray Giovanni di Muro, comisionado para pintar
su Basílica; pero entre 1297 y 1299 él pintó los frescos
en la Basílica recordando la vida y los milagros de
Francisco como si los hubiera presenciado. Conjunta-
mente con los más grandes maestros toscanos,
romanos, umbríos, de su tiempo, Cimabue, Simone
Martini, Torriti o Rusuti, Pietro Cavallini, Pietro Loren-
zetti, y los artistas anónimos del llamado maestro de
san Francisco, Giotto inmortalizó para la imaginación y
la devoción del mundo occidental una leyenda dorada
de la vida de aquel que se llamó a sí mismo *porvorello*.⁷

De todos los frescos que Giotto pintó en la
Basílica⁸ la escena más famosa entre las Historias
Franciscanas es, sin lugar a dudas, la que dedica al
periodo de penitencia y ayuno de Francisco (entre
agosto y septiembre de 1224) en el Monte la Verna,
cuando el santo recibió los estigmas y la presencia
de Dios en la figura de un serafín crucificado. Los
frescos y representaciones dedicados a Francisco
con los animales, sin embargo, son los que ahora
quisiera comentar, en particular *La prédica a los pája-
ros* que fue pintado no sólo por Giotto, sino con
anterioridad por el maestro de san Francisco⁹ y por
varios otros pintores, algunos anónimos, del siglo XIII:

Yendo el bienaventurado Francisco a Bevag-
na, predicó a los pájaros; y éstos estiraban
con regocijo sus cuellos, tendían sus alas,
abrían sus picos, le rozaban el sayal; y todo
ello lo contemplaban los compañeros del san-
to que lo esperaban al borde del camino.

rezó la transcripción en latín que Giotto colocó al pie
de la escena.

La prédica a los pájaros se refiere a uno de los
momentos más conocidos de la vida de Francisco:

cuando él, extasiado, predica un sermón de alabanza a Dios y los
pájaros se le acercan para escucharle mostrándose atentos y agrade-
cidos. La historia está narrada por san Buenaventura, casi en los
términos mismos con que Giotto apuntó en los frescos de la Basílica y
también en la *Vita Prima* de Celano donde se lee así:

...el más bendito Padre Francisco pasaba por el valle de
Spoleto. Llegó a un lugar llamado Bevagna donde muchos y
variados pájaros estaban congregados... al verlos, Francis-
co, el bendito servidor del señor, porque fue un hombre de
gran fervor que tenía mucha simpatía por las criaturas infe-
riores e irracionales, abandonó a sus acompañantes en el
camino y se dirigió hacia ellos...los pájaros los esperaban
expectantes y él les saludó...humildemente les pidió que
escucharan las palabras de Dios. Entre las cosas que les
dijo, les habló lo siguiente: Mis hermanos pájaros, deben
amar ustedes al Creador profundamente y alabarlo siempre.
Él les dio las plumas que portan, sus alas para volar y todo
lo que necesitan. Él les ha hecho nobles entre sus criaturas
y les dio un hogar en el aire puro. Ustedes no siembran ni
cosechan y con todo Él los protege y los gobierna sin ningun-
a ansiedad de parte de ustedes... Los pájaros se mostraron
gozosos a su manera, estirando el cuello, extendiendo sus
alas, abriendo sus picos y mirando atentos a Francisco...¹⁰

Las leyendas y anécdotas sobre Francisco y los pájaros se multipli-
caron y se extendieron hasta dar cuenta de encuentros entre el santo
con todo tipo de animales; provenientes de tradiciones anónimas y de
varias regiones de Europa, se conocieron narraciones que cuentan, por
ejemplo, de una parvada de golondrinas en Albano, a quienes Francisco,
en medio de un sermón, pidió que acallasen sus trinos para que la
palabra de Dios que pronunciaba pudiera ser escuchada por todos: las
golondrinas quedaron de pronto en atento silencio; en Greccio, Francis-
co salvó a un conejo de campo de una trampa y a pesar de que los
conejos de campo "todos reconocen son salvajes", éste se acomodó en
su falda agradecido; hay historias de abejas que rondaron amorosamen-
te su cabeza y también de un halcón que se posó en su hombro, entre
otras. Y tan famosa como *La prédica a los pájaros* es la historia del
"Hermano lobo de Gubbio": un lobo que llevaba tiempo amenazando a
los pobladores de Gubbio y que fue milagrosamente apaciguado por
Francisco. Esta historia también inspiró a los grandes maestros del arte
religioso a partir del siglo XIII: Sasseta (Stefano di Giovanni, 1394-1450)
el gran maestro de Siena la pintó en los retablos del altar de la iglesia de
san Francisco, Borgo Santa Sepolcro entre 1437 y 1444.



La suerte de leyenda dorada que se creó en su entorno y que interpretó sus actos y su santidad conformó toda su vida: Francisco de Asís no es comprensible si su vida se edita de manera racionalista; si llega a la reflexión, por decirlo de otra manera, sin la fuerza de sus milagros, sin las leyendas que se explayaron sobre sus actos de magia, sus encuentros venturosos, sus viajes imposibles, y sin la mirada extasiada de los pintores que nos dieron su semblanza y nos escenificaron los momentos de su vida. En esas narraciones y en la iconografía de los momentos que vivió, encontramos la transmutación de Pietro Bernardone en San Francisco de Asís: conocemos así la historia de un hombre que en plena Edad Media, y de histerias místicas, fue total y excepcionalmente una rareza.

No hay nada que nos deba llevar a dudar lo que otros ojos vieron y contaron de él asombrados: que Francisco conversaba con los pájaros, que mantuvo cercanos encuentros con un lobo, con un conejo salvaje y de unas golondrinas que escucharon atentas cuando él les encomió a que alabasen a Dios, ni que había recibido los estigmas por conducto de un serafín...

Sin embargo, tampoco hay que extraer de estos momentos de su vida una suerte de ética cristiana hacia los seres vivos, incluyendo a los animales, cuando ni Giotto, ni Tomás de Celano, ni san Buenaventura, ni los pintores anónimos del siglo XIII, ni el mismo Francisco, sostuvieron



nada parecido.¹¹ En todas las descripciones de esos momentos de Francisco con los animales, en *La prédica a los pájaros*, cuando Francisco ahuyenta o domestica al lobo de Gubbio, los animales sirven únicamente de vehículo (a veces hasta de estorbo como en el caso de las golondrinas ruidosas que él encomió a callar para que se pudiera escuchar su sermón) que dan énfasis dramático y mágico al misticismo de Francisco. A los pájaros de su prédica, “inferiores e irracionales” como los describe Celano, Francisco les instruyó a que alabasen a Dios aunque eran inmerecidos de su gracia. Y en sus escritos, además, casi no existen referencias a los animales ni a otras especies: Francisco está demasiado preocupado por salvar el alma de los infieles y la suya propia. Así, las contadas alusiones a los animales que sí anota son siempre referencias peyorativas o metafóricas sobre los instintos inferiores y del mal en el hombre. A su cuerpo le llama “miserable y despreciable, piojo y gusano”,¹² en otro momento, a los que mueren en el pecado mortal, les desea que “los gusanos coman sus cuerpos... (mientras su espíritu) se dirige al infierno donde será atormentado sin fin”.¹³ En uno de los salmos, Sagrada Virgen María, Salmo VI, reza así:

...o a todos ustedes que pasáis por mi rumbo
miren si existe tristeza como la mía...
Ya que muchos perros me tienen acorralado
Y una jauría de malhechores me ha cercado...
...ha abierto sus fauces en contra mía
como las de un león rabioso y rugiendo...¹⁴

En sus *Salutaciones a las Virtudes*, uno de sus últimos grandes himnos de agradecimiento a Dios, al dar las gracias por la Sagrada Obediencia y al reconocer la suerte de abandono total a la voluntad de Dios dice que el hombre debe quedar sometido no únicamente a la voluntad de otros hombres sino también ante “todas las bestias y a los animales salvajes para que éstos hagan con uno lo que les plazca...”¹⁵ y, entonces, Francisco agradece ante Dios “la creación de todas las cosas espirituales y corporales” que son atributo de divina voluntad en



los hombres “creados en su imagen y semejanza”.¹⁶

En 1980, el Papa Juan Pablo II proclamó a Francisco de Asís patrón de la ecología.

Los fantásticos relatos de sus momentos de oración y de misticismo fueron interpretados e interpelados por los jerarcas de la Iglesia romana con la intención de sustentar un empeño, artificial, que quiso conciliar el canon cristiano con cierta sensibilidad moderna, escandalizada, ante un planeta que amenaza en convertirse en inservible por hechura del hombre; y también retocaron las anécdotas iconográficas del santo de Asís a modo de que se pronunciaran sobre la actitud reprochable de los hombres modernos que destruyen la naturaleza y a las otras especies vivientes en aras de un confort creciente. Pero encontrar alguna simpatía o preocupación explícita hacia la ecología, o hacia los animales, entre los santos y místicos cristianos es casi imposible. Se decidieron, entonces, por Francisco, el santo de Asís, quizás porque las tradiciones populares e iconográficas ya lo habían situado al lado de unos pájaros atentos y de un lobo domesticado. Además, únicamente con Francisco y san Antonio de Padua, su contemporáneo, se puede establecer algún vínculo histórico con los animales; así los santos no hayan tenido una propuesta explícitamente doctrinaria en relación con los animales. Además, buscar entre los místicos alguna preocupación ecológica o por los derechos de los animales es, ciertamente, una búsqueda inútil y hasta sin sentido.

La jerarquía eclesiástica, entonces, forzó un poco los símbolos de los actos y los milagros del santo de Asís y leyó en la iconografía y en la literatura franciscanas una suerte de apología ecológica y un alegato de defensa a los animales. Nada de eso, sin embargo, fue dicho, ni el santo de Asís lo reflexionó, ni lo meditó ni fue una causa por la cual militó. Francisco vivió en un estado de éxtasis enamorado únicamente de Dios, en la imitación del martirio de Jesús, y quería salvar para Él a sus criaturas semejantes. Quería salvarse a sí mismo también porque él fue señalado y encomiado por Dios a esa única misión.

Pero, en la tradición judeocristiana de Occidente, en las enseñanzas del Viejo y del Nuevo Testamen-

to, en verdad no existe ningún legado doctrinario, teológico y ético que incluya a las otras especies vivientes en los privilegios que Dios otorgó a su pueblo escogido. Para el Dios judío y cristiano la Gran Cadena del Ser culmina en sus creaturas humanas: todas las demás especies vivientes existen para asistir al hombre en la sobrevivencia, en la ritualización de sus compromisos religiosos, para acercarlos o apartarlos del mal y para estorbarles en la redención de sus pecados.

El Viejo y Nuevo Testamento, incluyendo la Biblia Apócrifa con las Cartas 3 y 4 de los Macabeos, contiene alrededor de cuarenta y tres referencias prescriptivas sobre las otras especies, pero en ningún párrafo hay una buena nueva para los animales.

Es conocido que la serpiente se llevó la culpa de la transgresión de Eva en el paraíso y Dios les maldice con las más terrible de las condenas (Génesis:3):

...te arrastrarás sobre tu vientre y comerás el polvo de la tierra todos los días de tu vida. Yo pongo enemistad entre ti y la mujer entre tu linaje y el suyo; él te aplastará la cabeza mientras tú te abalances a su calcañal.

Desde entonces la víbora ha servido de caldo y estofado en nuestra mesas, como pieza de cacería recreativa, como piel lustrada en nuestros zapatos y bolsas, y hasta como remedio hervido y destilado para la artritis de hombres que se creen merecedores de su sacrificio. Con el diluvio Dios castiga “la maldad de los hombres” haciendo perecer entre ellos a todas las demás especies vivientes (Génesis:6):

Exterminaré de sobre la faz de la tierra al hombre que he formado; hombres y animales, reptiles y aves del cielo, todo lo exterminaré, pues me pesa haberlos hecho.

Y escogió a Noé y su familia para salvarlos conjuntamente con un puñado de animales que le asegurarían la sobrevivencia cuando llegara a buen puerto. Entre las culturas occidentales del cristianismo europeo, cuyo dominio planetario estuvo ligado en gran medida al desarrollo de sus ciudades, el diluvio exterminador no se ha detenido: el urbanismo ahoga con sus aguas negras los campos libres, los pantanos, las selvas y los bosques, exterminando a las escogidas especies, los pocos sobrevivientes, que Dios tuvo en su bien salvar del diluvio primordial.

¿Y los pájaros de san Francisco? En Deuteronomio:14 Dios advierte que hay animales “puros e impuros”, prescribe los que se pueden comer y los que son “inmundos” y de los pájaros que fueron encomiados por Francisco para alabar a Dios, en el Viejo Testamento dice:

Podréis comer toda ave pura. He aquí los que no podréis

comer: el águila, el quebrantahuesos, el buitre, el milano, el halcón en todas sus especies, toda suerte de cuervos, el avestruz, el mochuelo, la lechuza, el ibis, el búho, el pelicano, la cerceta, el mergo, la cigüeña, la garza en todas sus clases, la abubilla y el murciélago. Tendréis también como impuro cualquier insecto alado y no lo comeréis. Comeréis, en cambio de todo volátil puro...

es decir, a las golondrinas que callaron mientras Francisco decía su sermón.

En el Occidente cristiano, incluso entre las sociedades de la reforma protestante, nunca nacieron movimientos religiosos que sostuvieran el derecho a la vida de todos los seres vivos, como sucedió en el budismo y el hinduismo en el Oriente.¹⁷ El antiguo cristianismo ni siquiera guardó, a pesar de sus raíces judías, las prescripciones de alimentos de origen animal estipulados en el Levítico que el Islam adoptó, por ejemplo, en relación a los cerdos: el más "impuro" y "repulsivo" de los animales "inmundos", tanto para los antiguos judíos como para las culturas griega y romana. Uno hubiera esperado que siquiera la tradición cristiana popular hubiera reservado alguna prescripción para el gallo; el gallo que canta el amanecer de la resurrección de Jesús y representa la esperanza y el deseo de una vida después de la muerte; el gallo que advierte la llegada del nuevo día y el retiro de los espíritus de la noche y del mal; el gallo que antes de cantar predice la negación de Pedro. Pero no sólo el buen gallo es el caldo preferido de las recetas culinarias de todo el mundo cristiano



© Anamaria Ashwell.



sino que fue en las comunidades cristianas donde se inventó y se popularizaron las peleas de gallos.¹⁸

La metafísica cristiana y occidental promueve una cultura que impulsa una suerte de provocación utilitaria del mundo animal (y de toda la naturaleza); plantea que los animales son los instrumentos para la realización del hombre; son los objetos, vivos pero objetos a fin de cuentas, desde los cuales él puede extraer energía, sustento o información. Él puede manipularlos, transformarlos, tocarlos, acumular, despreciar, exprimir, liberar, todas sus potencialidades según vienen dictadas por su necesidad y sus placeres. Son una suerte de "gasolinera" al cual él acude para llenar el tanque para seguir "progresando".¹⁹ La última edición del catecismo de la Iglesia lo dice así explícitamente:

Los animales, como las plantas, y todos los seres inanimados, están, por naturaleza, destinados al bien común de la humanidad, en su pasado, en su presente y en el futuro... y pueden utilizarse para la justa satisfacción de las necesidades del hombre.

Ésta es una propuesta ética imposible en el mundo religioso y cultural de Oriente.

En el pobre Francisco hay que buscar al Dios que desde Europa vino sin misericordia a conquistar con la espada el alma de los indios de Mesoamérica. En el atormentado Francisco hay que indagar sobre aquello que lo llenó de esplendor y lo fundió con un mirada y una confianza en algo imponderable, innombrable, absolutamente poético. Quizá en Francisco podríamos encontrar aquello que se despliega como una suerte de acontecer de la verdad y que es de una hermosura tan tremenda que sólo Giotto, y el color azul, atisbó a mostrarlo... pero al pobre Francisco no hay que cargarle la pena de ser patrón de la ecología, ni de los animales, ni de las golondrinas... que nunca le pesaron, ni le preocuparon, ni a él, ni a su Dios ni a su Iglesia.



NOTAS

¹Admonición no. 10, de las 28 Admoniciones de San Francisco a sus hermanos y discípulos, con el fin de darles consejos de cómo vivir una vida religiosa. En *Francis and Clare: The Complete Works*, Paulist Press, Missionary Society of St. Paul the Apostle in the State of New York, 1982, p.30. (Las traducciones de las próximas notas son de la autora.)

² "...debemos ser católicos", agregaba Francisco a sus admoniciones o prescripciones, o recalca la obediencia que los frailes le debían a los preladados de la Iglesia y al Papa cuando promulgaba propuestas de extremo ascetismo para diferenciar su práctica de otros grupos católicos y milenaristas que la Iglesia perseguía como herejes. Del siglo IX al XIII en la Europa de Francisco proliferaron movimientos mesiánicos que practicaron, antes que él, muchas de las reglas que después adoptarían los de su Orden de los Menores. Todos estos grupos se volvieron, sin embargo, crecientemente anticlericales y la Iglesia no sólo los excluyó de la comunidad cristiana sino que fueron perseguidos como herejes. Muchos sufrieron y murieron quemados en la hoguera prendida por los preladados cristianos. Tanchelin, Arnaldo de Brescia, Pedro de Bruys, Enrique de Lausana fueron algunos de los que organizaron comunidades de cristianos mesiánicos en el sur de Francia; también las comunidades llamadas waldenses, seguidores de Pedro Waldo de Lyon, alrededor de 1176, se extendieron por todo el territorio cristiano europeo. Los humillati, en gran medida precursores de la orden de los Frailes Menores, también soportaron las persecuciones de la Iglesia romana y de los preladados. Estas comunidades cristianas practicaban la pobreza absoluta, la dependencia de la limosna, tenían obligación de andar predicando siempre descalzos, llamaban a la desobediencia ante los preladados, democratizaron las tareas de los clérigos tales como los rituales de la misa y el bautismo entre los mismos miembros de la comunidad; y tenían una fuerte influencia del pensamiento apocalíptico de Joaquín de Fiore y de las doctrinas dualísticas de los llamados katharos, literalmente los puritanos, cuyo pensamiento religioso caracterizó, entre otros, a los manicheos, tan caros a la teología de san Agustín. Francisco propuso para su orden, casi literalmente, los mismos lineamientos de conducta religiosa pero con la expresa prescripción de la obediencia a la Iglesia romana y al Papa. Sus admoniciones sobre la separación espíritu y cuerpo, este último portador del mal, tienen ecos en la teología dualística y maniquea considerada como hereja por la Iglesia.

Véase, Hugues, P. "Anti-clericalism, Heresy, and Anti-Catholicism: Waldenses, Joachim of Flora, Albiguenses", en *A History of the Church to the Eve of the Reformation*, Vol. II, 8, p. 313. Véase también "Chatari, Katharos, Maniqueans", en *The Catholic Encyclopedia*.

³ "Segunda versión de la carta a los creyentes", en *Francis and Clare: The Complete Works*, *ibid.*, p. 70.

⁴ "Carta a toda la Orden", en *Francis and Clare: The Complete Works*, *op. cit.*, p. 57.

⁵ "Cántico al Hermano Sol", en *Francis and Clare: The Complete Works*, *op. cit.*, p. 39.

⁶ Esta reflexión es central al momento primordial de nuestra historia mexicana: la conquista espiritual y militar de los españoles sobre los indios de Mesoamérica en 1519. Investigo el origen doctrinal y teológico de la orden franciscana que llegó a Cholula en 1519, fuente creadora de la religiosidad católica actual de los cholultecas. En *Creo para poder entender. Conversaciones en el templo sobre la vida religiosa en Cholula*, Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Puebla, 1998, describo las creencias religiosas y católicas en los barrios de Cholula.

⁷ La iconografía de Giotto se basa principalmente en *La Leyenda Mayor* de san Buenaventura (1217 o 21-1274) escrita entre 1260 y 1263. Incorpora también leyendas orales y tradiciones biográficas conocidas en su época.

⁸ Giotto trabajó en la serie de frescos entre 1297 y 1298 y nuevamente en 1300. El ciclo pictórico decora la parte inferior de las dos paredes de la nave y constituye en total 28 episodios de la vida de san Francisco. La descripción de los temas, en latín, estuvo escrita al pie de cada panel. Véase *La obra pictórica completa de Giotto*, *op. cit.*

⁹ Al que se nombra el Maestro de san Francisco, pintor de Umbría, activo en el tercer cuarto del siglo XIII, al parecer, fue un maestro que dirigió a varios pintores que lo asistieron en los paneles y frescos de la basílica de Asís. El panel de san Francisco (hoy en la Galería Nazionale dell'Umbría en Perugia) es quizás la representación más perdurable de la fisonomía del Santo. El Maestro de san Francisco le pintó de pie, con un crucifijo en la mano derecha y un libro abierto en la izquierda. Siguiendo la descripción de san Buenaventura le pintó los estigmas de sus pies y manos en color café y de rojo la herida de su costado. Su rostro está inclinado ligeramente hacia abajo y su barba está pulcramente recortada. San Francisco tiene una mirada que no deja lugar a dudas de su misticismo y su ensimismamiento, como haciendo un viaje de esos que Santa Teresa llamó "al interior".

¹⁰ Traducción del latín al inglés por David Burr; *Medieval sourcebook: Thomas of Celano first and second lives of saint Francis*.

¹¹ C.K. Chesterton, quizás el más leído de los biógrafos de Francisco escribe: "San Francisco no fue un amante de la naturaleza. Propiamente un amante de la naturaleza no lo fue porque ello implica que él aceptaba el mundo material como un hábitat autónomo, una suerte de panteísmo sentimental..." y Francisco vivió sumido, absorbido, por la redención y la expiación de la culpa original. Chesterton habla de un hombre para quien todo tenía una intención concreta y singular en la voluntad de Dios. Un hombre que no veía el bosque porque cada árbol le consumía su preocupación.

Existe también una referencia que dice que en Greccio, en 1223, eufórico por haber puesto la primera escenificación de la Natividad de Jesús, con animales vivos y actores, Francisco promueve una ley que debía obligar a los pájaros y las bestias a celebrar con los hombres la Navidad: una continuación de lo que ya le había expresado a los pájaros en su sermón, que debían vivir alabando a Dios.

¹² "Segunda versión de la Carta a los Creyentes", en *Francis and Clare: The Complete Works*, *op. cit.*, p. 70.

¹³ *Ibid.*, p. 73.

¹⁴ *Ibid.*, p. 87.

¹⁵ *Ibid.*, p. 151.

¹⁶ *Ibid.*, p. 151.

¹⁷ El jainismo, que comprende alrededor del 0.4% de la población total de la India, es una cultura religiosa de considerable influencia; ellos han llevado algunas enseñanzas del budismo y el hinduismo en torno a los animales y todos los seres vivos a su última consecuencia. Su fundamento religioso es una teología que considera pecaminoso lastimar a cualquier especie viviente. Se abstienen de comer miel porque podrían morir en la cosecha las abejas, también frutas que pudieran esconder algún gusano, y tienen como mandato colectivo la construcción de pajareras y clínicas para rescatar a todos los animales que caen víctimas de la expansión de las ciudades; también caminan por las calles barriendo primero los espacios que pisan por miedo de matar inadvertidamente a algún insecto y los hombres no pueden participar de ningún acto que implique el sacrificio de una especie viva en beneficio de otra. Es una religiosidad, además, cuya doctrina se basa en la condición incierta del hombre para conocer, para aprehender todo lo que en el universo está dado desde la inescrutable voluntad de Dios.

"Quizás en ningún otro lugar la incertidumbre cognoscitiva ha sido emparejada más íntimamente con un movimiento de no violencia radical como en la tradición de los jains de la provincia de Gujarat en la India. En una articulación altamente compleja de esta incertidumbre del conocer, la lógica de los sacerdotes jain argumenta que toda aseveración, es decir, que una cosa es, que una cosa no es, debe estar precedida por el término quizás o a lo mejor. Que nunca podemos estar seguros de lo que aseveramos aunque lo que está ante nosotros es la prescripción de la violencia, el no causar daño a los seres vivientes. En esta tradición religiosa no occidental se sugiere que la incertidumbre metafísica es reconocida al mismo tiempo en que el mal de la violencia es aseverado." En Wyszogord, E., *Postmodernism and the desire for God: An exchange with John D. Caputo*. Ver también Simoons, F., *Eat not of this flesh: Food avoidances from prehistory to the present*, The University of Wisconsin Press, 1994, pp. 6-11.

¹⁸ *Eat not of this Flesh...*, *op. cit.*, p. 156.

¹⁹ "La Pregunta por la Técnica" de Martin Heidegger, revista *Espacios*, No. 3., 1982, es la referencia obligada a este tema. Las culturas occidentales cristianas fueron, por consecuencia, la cuna del desarrollo de la técnica y la ciencia, del capitalismo planetario y de esto que llamamos modernidad y hasta postmodernidad.

Anamaría Ashwell es investigadora del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de Puebla.